

## Venancio “El rojo”

Escribe: MARIO RIVERO

Eran los días en que a mí se me resbalaban los ojos sin encontrar donde afincarlos y me pasaba tirado por ahí todo el día, de mal humor, o acostado en mi cuarto, en la oscuridad, ansioso de cualquier cosa: sentía que había algo que yo debía encontrar por mí mismo y sin poderlo precisar, algo que podía caerme en el lugar del corazón apretado, o sacudirme el cuerpo hasta sentir unas cosquillas gruesas por en medio del lomo. “Ahora ve tú mismo allá; ve ¿no quieres?” me había dicho el Macario, que era uno como yo, igual, solo que ya había bebido ron y cerveza y esa cosa caliente que hacen con huevos.

Claro que puedo —dijo— ¿cuántos años tiene?

—Veinte.

—¡Noo!

—Bueno, casi...

Se llamaba Silvia y tenía el pelo, azul-sombra, batiéndole sobre la cara todo el día como una marea, y era distinta a las mujeres de las mesas, a las que yo había visto desde lejos, desde la puerta, espiándolo a uno con los párpados hinchados de negro y como diciendo: “ya los venteamos, no más nos estamos haciendo disimuladas”. Pero nosotros les teníamos miedo; miedo y vergüenza; hasta el Macario, que era tan entrón y fajador, y capaz de mirarlo a uno con el ojo fijo y sin espabilar durante horas enteras. Entonces ya las horas no se acababan y el tiempo estaba suave, triste; y yo allí sin saber que hacer. Todos contaban historias de muchachas que habían sido fáciles, solamente que yo no sentía ninguna emoción. “Nadie me hará caso, pensaba”, “Dios

mío, hazme sentir algo, hazme sentir como me debería sentir”. Entonces fue cuando lo ví, al viejo, sin ninguna elección mía y solo porque estaba bien enfrente de mí, sentado en el umbral de la puerta, mirando lejos, con aquella vista que se alza como sobre el mar, recta, larga, y que parece que no se acaba nunca. Se nos quedó mirando cuando nos íbamos, cada cual por su lado, hacia el azar de todos los días, al tun-tún, a lo que viniese por el aire, lo que contrariara el orden fijo de las cosas y lo quieto y común del vivir... Y el viejo seguiría sentado allí, antes del mediodía, sin bulto ni ruido, cariacontecido y con las piernas largas trenzadas, cuidando el café, tendido en costales sobre la acera, secándose, listo para ir a la trilladora. Todo en él era silencios... ¿cómo podía yo pasar por alto aquella tristeza? yo solo, en lo azul de lo anochecido, en la luna nueva...

Aquellos días me vienen en olas: las nubes lentas, el dindan-don de la campana a la oracioncita, con el pitar de los grillos y el cacho de carne de ternera o de guagua que se torraba en los ranchos, y el gusto de aquel olor que se sentía fuerte, y que solo por sí, le hacía a uno agua en la boca. A veces, pasaba una boyada o una recua; con carga de café, cueros de res, cera de colmenar, o requesón, poca cosa; el requesón es con café bien negro como está más rico, y nosotros todo el tiempo cortando palos, follaje de palmas, quemando pilas de boñiga seca, de vaca, y cantando por la nariz, con deje, cosas de sentimiento. “La vida tiene que cambiar un día”, decíamos. Había una fonda campesina en las goteras del pueblo; vendían tabaco fino, miel y aguardiente oloroso, de gusto y color quemado, con gajos de yerba buena y mejorana adentro. Uno solo de nosotros era el que iba siempre a comprar para no levantar hablillas; generalmente era el Macario, le entregábamos el dinero y cada uno encargaba lo que quería.

Un día, al menudear del gallo, vinieron unos camperos a recoger el ganado de la hacienda y yo corrí para ayudar... ¡Aquella casa tan vasta de grande, como con diez ventanas y cuatro corredores, en donde ramaleaba un filo de aire largo y ronco! En el pasto mojado mis pies se lavaban y en el corral, entre la grama y el cielo, las novillas embistiendo, tirando a locas, mugiendo, casi como si estuviesen hablando, enancándose las unas sobre las otras, golpeándose contra las cercas, arrodillándose, de los pitones para abajo en un temblor y resoplando por las narices bien abiertas. Y me enteré: “van a llevarlas a la capital”. Apreté

el pie entre los tenis y comprimí las tablas del piso. ¡Ah! yo no podía ir, no, yo tendría que vivir siempre entre aquellos bultos hundidos, tristes y amarillos, entre gente como la mía, que de sus lugares no salía, sin voz ni lloro y entre escapularios y avemarías, que aquello bastaba, y en aquel momento, yo solo quería gente extraña, extranjera, toda entera, del todo, para estar seguro de que las cosas de los libros estaban verdaderamente en ellas. Pensé que quería ser un actor del cine, un James Bond, tal vez para el ejemplo y di en imaginar peligros imaginarios, como en lo teatral, como en circo o en pantomima bien llevada, pero lo que hoy guardo en las vueltas de la memoria es apenas el tilintín de las espuelas, las bateas llenas de pan, los hombres echando humo por la boca, listos para otros rumbos, las reses apartadas, amontonadas blanca-y-negramente en la amanecida... Oí la orden de amarrar los perros de la hacienda y se fueron... Me pareció que todo había perdido la gracia, lo de verse... Y fue así como me acerqué al viejo, mediante desesperación, me recuerdo. Yo iba andando, como todos los sábados, hasta el río, odiando el pueblo, odiando los árboles y la yerba, los conejos y los moscos, y pensando que la vida era un desastre para mí. “¿A donde podemos ir para charlar?” Oí de pronto. “Me asusta pensar que estoy viendo a mucha gente que pronto veré por última vez”. Era el viejo, junto a mí, en la calle, saliendo de su rincón. “Bueno, sigamos adelante”, prosiguió, nadie sabe lo que puede ocurrir y estoy criando ganas de echarle un vistazo a todo”. “No va a ocurrir nada” dije yo, “aquí nunca pasa nada, nunca”. “Algo puede ser, siempre, aunque no todo lo que se desea; cuéntame pues, lo que te ocurre y yo te contaré lo mío”. “¿Lo que me ocurre?” dije yo, “no me pasa nada, sencillamente que estoy harto de estar aquí”. “¿Por qué?” —dijo él— “¿Desde cuándo piensas así?”. “Desde siempre”...

Cuando pasamos por enfrente a los muchachos ya éramos bastante amigos, aunque empecé con cara de hablar de a poco, de a no señor, de sí señor, cauteloso, sesudo, y de repente lo que estaba queriendo era eso mismo, que el viejo me pidiese volver, que viniese a hablar conmigo, siendo que entendía de todo, con pocas palabras y con muchos silencios... y de repente vi al Macario, recostado en un árbol, con sombrero de paja ladeado a la pedrada, a la tapa-cara y que se reía de mí; pero no se movió, antes fui yo el que fue cerca de él, y él entonces fue diciendo que el viejo era loco y borrachín y que no tenía vergüenza de andar por ahí limosneando. Al tercero o cuarto día que fui allí,

supe que el viejo era de los liberales, del lado de donde yo estaba obligado, aunque todavía no sé en qué mundo-de-los-huevos-del-gallo metía yo mis ideas, y en mí y para mí, aquello de las poliquerías era algo así como un mal olor en el cuerpo, y mi padre había estado equivocado también acerca de esto, como se había equivocado acerca de mí y de él mismo. Todavía lo veo mirándome fuerte de verdad, malpresagiado, rudo, como si de repente hubiésemos de quedar separados para siempre jamás. “¿No quería tu padre que fueras tú también amanzador?”, me dijo el viejo. “Sí, pero yo no quiero ser como él”. “¿Qué debía haber sido tu padre, pues?”, repreguntó. “Pues, yo creo que maestro, algo así; sabía hablar bien de todo y decían que era muy inteligente”. “¿Y... que se mató tu padre fue..., o que lo mató otra persona?”. “Que lo mató un caballo ha dicho mamá”, y como fuese, hablé de lo nuevo y de lo viejo, todo menudo, recruzado, en el estar de la noche, punto por punto...

Al domingo yo iba todavía en el medioscuro, en mi galopero, llevando un poco de maíz al anca, a otra hacienda, para cambalachar el maíz por harina. La oscuridad empujaba, se rebullía y empezaba a clarear a golpes, con movimientos; las salvias escurrían el sereno de la noche, lagrimeando y era tiempo de cocuyos apagando y encendiéndose, y yo había cerrado los ojos para mejor sentir el fresco. “Pinto” corría a mi lado con tantas ganas como si no tuviese nada por dentro, y yo parecía que hacía una música con el toc-toc de los cascos, al menos esto fue lo que yo pensé, al paso, cogido de las riendas, sin vigilancia. Cuando llegué al recodo, de vuelta, el Macario estaba sentado ahí desde hacía como un par de horas y me esperaba, lo dijo por lo menos, con malacara, de lado, de eso de no mantenerse en la vista de uno. Y de repente, tomo cuenta de un parpadeo, y yo que ni siquiera había tenido tiempo de poner el pensamiento en la cabeza, de vuelta de mis imaginaciones, cuando ya estaba él parado, delante mío, lo más engallado que podía, y detrás, en lo verde verde, los compañeros, los amigos que despaciosamente habían ido llegándose también, y que formaban a su lado, permanecidos, quietos, luciendo todos aprobación, y con sus burlas y corajes. Entonces el Macario se rio, porque así era él, y dijo hasta cortés: “decime una cosa vos, ¿quién es el gallo aquí?” y me miraron todos, porque el jefe era yo, lo había sido yo, de natural, en lo caliente y en lo frío. Yo con mis ojos calculé. Porque de ningún modo yo quería afrentar a nadie, si hasta pereza tenía yo, pero la verdad era sin embargo, que alguno tenía que ser el mandamás y yo no

lo vi en ninguno de ellos, así que sorbí un trago de aire y le contesté: “mirá tú, el que yo fui, soy, hasta que vaya a morirme” y puse el pie en el suelo y el Macario se encogió un poco, creo; en aquel ínterin, en aquel tiempito, y hasta porque no podía obrar de otra manera, y yo entonces me volví enterizo, de palo, yo mismo lo sentí, y me le reí sin risa, descarado, como para contarme a mí y a los otros que yo no tenía ningún nerviosismo. Y en lo seguido los desafié a pelear a todos, a pares, en montón, a solas, y casi que por diversión, manso, mansito, un tanto triste... Pero el Macario sacó su navaja a relucir y cada uno con la navaja a punto atravesamos el arroyo, saltando por entre las piedras pasaderas: yo duro, de fierro, adelante, esperando la novedad a cualquier momento, y el Macario flojo, el peso del cuerpo repartido como si fuese nadando... De allí en adelante era junto con junto... cuando el alumbrón de la navaja se me presentaba en el aire yo cerraba los ojos y un desmadejamiento de frío me bajaba a las corcovetas desde la nuca. Pero con lo que se produjo entonces yo no contaba, y fue que el Macario me llamó hermano, conforme maña suya, y poniéndome la mano encima, que yo le retiré breve, con un ademán de repugno: “si lo que vine a ajustar son propuestas”; a cualquier día, a cualquier hora y para más tarde era como me aplazaba, conservando los ojos sin mirar, en un vagar vago... cuando volvimos al camino, los demás esperaban; con desprecio miré para que todos admirasen y viesen lo que yo me veía en precisión de hacer, después galopé tranquilo en definitiva...

Pero los “plazos” principiaban. Al principio, aquello, bien que me pareció extravagante, eso de andar sacando del pueblo apresuradamente a algunos, inventando recuerdos de cosas pasadas, muy remotas, y todo el mundo, a poco, aceptando como normal aquel juego fácil, de costumbre, y describiendo después, mediante floreos, las ventajas del “madrugar”, o como quien dice, de ver de ocupar bien pronto lo que se había de arruinar luego, desperdiciado y sin dueño. Lo yermo del lugar se iba volviendo visto. Jamás de los jamases había visto yo la soledad de una frialdad así, como si hubiera caído entera una granizada. Y fantasías como estas me acudían, ocupando mis ideas con hechos pasados, diferentes, de otra parte, de otra parte y de nunca. A lo cual, así mismo pensaba en el viejo todo el tiempo: “a estas horas debe de andar allá por entre el monte”. Y aquello era como de plomo, como un mandado de odio, inevitable. Ya una vez, temblando a goticas desde la niña-de-los-ojos, él mismo me había

dicho: “vos y yo, muchacho, que somos fruta roja” y esto era motivo de abatimiento la cosa que significaba: que habría que irse lejos, de huída, de nohecita, con el claror de las estrellas. Yo escuché y juzgué y hasta me pareció mejor así, servía para mayores movimientos y con aquellos movimientos yo continuaba la vida.

Pero cuando entonces trajeron reunidos a todos los guerrilleros, yo estaba en la plaza, en la botica, los trajo una tropa grande de soldados, alzando polvo y montados en unos caballos pardos que temblaban y que con las orejas apuntaban. El viejo estaba allí, entre ellos, y yo rehuí su mirada de lo colorado que se puso. Pero me parece que un hombre vendido al extranjero, y al dinero y al lucro, pues que toma un aspecto impúdico como admitiéndolo y que, hasta se le conoce a ojos vistas; y el viejo estaba ahí, en frente de los soldados, parado y sin pestañear, como si perteneciera a otro sino, a un sino diferente, y que se lo esperara desde siempre. Yo no más lo advertí, y comprobándolo, ya no sentí vergüenza de cuando él me había conversado diciéndome: “me gustaría que hubieses tú llegado a nacer pariente mío”. Algunos pretendieron después, que ese día había sido muy caliente. La arena y el carbón no se descargaron como siempre. El dueño de la botica vino hacia afuera y escrutó ciegamente el tiempo, el tiempo que hacía ese día. “No hubiera creído que esto llegaría tan pronto”, dijo, como si se refiriera a la ola de calor o a los moscos. El sol comenzó a descender y el viejo siguió con los ojos el curso rojo y lento, con la sola intención de que eso fuera, sin miedo y casi con dulzura. Los soldados evitaban mirar, como si no estuviesen enterados tampoco ellos, como el boticario, como el pueblo entero. El sol brilló ligeramente en sus últimos fuegos, los disparos resonaron enormes, llevados por el viento. El viejo se volvió sobre sí mismo, dobló la frente hasta tocar el polvo y aceptó el miedo...